

dotado de admirable aptitud, y que su industria tomaría gran vuelo, como lo tomaría la agricultura, que en otro tiempo llegó á elevado estado de florecimiento, si le comunicara vida el comercio; pero el comercio se halla reducido á la última expresión, merced á la multitud de trabas, prohibiciones, restricciones, monopolios, tarifas excesivas sujetas á constantes variaciones, y á la no observancia de los tratados; y si bien es verdad que algo ha mejorado, en virtud de las relaciones establecidas últimamente con los diferentes Estados de Europa, todo esto es nada ó muy poco habida consideración á lo mucho que fácilmente podría conseguirse, merced á la riqueza natural y á la posición geográfica del país, si se hallara regido por un gobierno civilizado. El comercio principal, en lo que á las naciones se refiere, lo sostiene con Inglaterra: siguen á ésta en importancia Francia y España que dan cereales, metales, azúcar, té, café, seda cruda, tejidos de lana y algodón, y reciben en cambio lana, pieles, frutas, sanguijuelas, goma, cera y muchos de los productos del África central. El comercio que se hace por Fez, Taza y Udjda, que sin ser de poca importancia, no llega con mucho á lo que podría esperarse de la proximidad de ambos países, además de las alfombras, tejidos, fajas, cordones y demás objetos del traje árabe y morisco, comprende brazaletes y ajorcas de oro y plata, vasos de Fez, mosaicos, perfumes, incienso, antimonio para pintarse los ojos, *henné* para las uñas y los demás afeites que emplea el bello sexo africano.

Más importante, más antiguo y más regular es el comercio con el interior del África, para cuyo punto salen todos los años grandes caravanas provistas de estofas de Fez, tejidos ingleses, tabaco, cuentas de vidrio de Venecia, coral de Italia, pólvora, armas, azúcar y espejillos de Alemania, plumeros de Holanda,



cajitas del Tirol, quincalla de Francia é Inglaterra, y sal que recogen al paso en los oasis del Sara, siendo su viaje una verdadera feria ambulante en la cual cambian sus mercancías por esclavos negros, oro en polvo, plumas de avestruz, goma blanca del Senegal, joyuelas de oro de Nigricia, que van á parar más tarde á Europa y Asia; estofas negras, con las cuales se cubren la cabeza las mujeres moras; bezoares, que usan los árabes como preservativo de venenos y enfermedades, y muchas drogas que, completamente abandonadas en Europa, conservan en África su antiguo valor. Tal es, respecto de aquélla, la mayor, por no decir, la única importancia de Marruecos, bajo el punto de vista comercial. Es la puerta principal de la Nigricia, y una vez abierta pondríase en fácil comunicación el comercio europeo y el del África central. Al presente la civilización y la barbarie se encuentran en sus umbrales.

\* \* \*

El embajador celebra frecuentes conferencias con Sid-Mussa, á fin de alcanzar del gobierno del Cherife algunas concesiones, mediante las cuales puedan establecerse relaciones mercantiles entre Italia y Marruecos. No estoy autorizado para decir otra cosa respecto del particular. Las reuniones duran dos horas y más; pero la conversación versa muy poco tiempo sobre el asunto objeto de ellas, puesto que el ministro, siguiendo una práctica que parece ser tradicional en la política del gobierno marroquí, sólo se decide á entrar en materia después de haber divagado sobre mil variados asuntos y en rigor cuando no puede pasar por otro punto.

—Hablemos, hablemos un poco más de asuntos más agradables,— dice en tono casi suplicante.

El tiempo, la salud, el agua de Fez, la belleza de ciertos tejidos, cualquiera anécdota histórica, los proverbios, la población de tal ó cual Estado europeo, son otros tantos asuntos más agradables que el hablar de negocios.

—¿Qué me decís de Fez?—preguntó un día:—he oído decir que es una población muy bella, pero todavía tiene otro mérito, —añadió,— y es el ser muy pulcra y aseada.

Otro día preguntó cuánta era la población de Marruecos. Mas con todo esto es indispensable volver al asunto principal ó sea á hablar de negocios, y en este caso todo se vuelven rodeos y subterfugios, excusas y reticencias, concesiones hechas mediante prudentes reservas, negativas con apariencias de concesión, interrupciones del discurso cuando parecía que iba á reanudarse el hilo del mismo, y por último, y finalmente, el expediente socorrido de dejarlo para mañana. Y cuando este mañana llega es indispensable comenzar por una recapitulación de lo convenido el día anterior, con lo cual se suscitan nuevas dudas, se consignan restricciones, se reconoce que se había padecido una equivocación, y lamentaciones por haberse explicado mal, ó no haberse comprendido bien, y sudores y afares del intérprete encargado de poner las cosas en su punto. Y luego es indispensable aguardar el regreso de los correos expedidos á Tánger y á Tafílete, y reclamar informes que maldito para lo que sirven, como no sea para aplazar la resolución del asunto diez ó doce días más; pues esta gente profesa la máxima de ganar tiempo, por aquello de que un día de vida es vida. Á todo esto se agregan, para todos los asuntos, tres obstáculos insuperables: el fanatismo del pueblo; la obstinación de los ulemas, y la necesidad de proceder con cautela, sin estrépito, con disimulo, con una lentitud que tenga todas las apariencias del más absoluto quietismo, siem-



pre y cuando no pueda pasarse por más que acceder á lo que se solicita. No hay para qué decir que llevadas las cosas á semejante extremo, hay para concluir con la paciencia del mismísimo Job; mas vienen luego los apretones de manos, las sonrisas afectuosas, las demostraciones de una irresistible simpatía y de un afecto intenso que sólo acabará con la vida, y no queda más recurso que continuar. El asunto que mayores dificultades ofrece es el del moro Scellal, diciéndose que de la solución que á él se dé, depende la suerte de su existencia. Con semejantes antecedentes ya puede comprenderse que el pobre hombre está que no sabe lo que le pasa, sin moverse un punto del palacio, envuelto en su gran jaique, inquieto, pensativo, á veces hasta con las lágrimas en los ojos, y sin apartar del embajador la mirada suplicante, parecida á la de un condenado á la última pena que solicitara misericordia. En cambio el de Mohamed Ducali marcha viento en popa, de manera que éste se atusa, se acicala y se perfuma cambiando diariamente un vestido; y derrama doquiera saludos, palabras dulces y cariñosas sonrisas. Si no hubiese de por medio la ciudadanía italiana, ¡cómo cambiarían inmediatamente las sonrisas en lágrimas de sangre!

\*  
\* \*

Al presente estamos experimentando la verdad de lo que se nos dijo en Tánger respecto de los efectos del aire de Fez. Pero vamos á cuentas: tales efectos, ¿proceden del aire, del agua, del condensado aceite, de la fermentada manteca ó de todo esto junto? Lo ignoro; pero lo que sabemos todos es que nos hallamos indispuestos. Languidez, inapetencia, decaimiento de fuerzas, pesadez de cabeza, todo esto sentimos,

y además de todo esto, cierto hábito, que hemos contraído, de atravesar á escape y frecuentemente el patio, con tanta prisa como si lleváramos el diablo á la espalda. ¡Estrafalaria debilidad! Y á todos esos contratiempos y desventuras, verdaderos trabajos y miserias de la vida humana, se une un tedio tan intenso, un fastidio tan completo, una melancolía tan pertinaz, que nuestra morada parece muy otra de lo que era hace algunos días. Hase apoderado de nuestro ánimo el deseo de regresar, y nos hallamos en aquella situación que en todos los viajes se experimenta, en la cual de repente se apaga la curiosidad: nada ofrece atractivos; los recuerdos de la patria surgen en tropel; todos los deseos, amortiguados durante los primeros días, se despiertan con más fuerza; y sea la que se quiera la dirección que se dé al pensamiento, se acaba invariablemente por no ver otra cosa que el rincón de nuestro hogar. Estamos hartos de turbantes, de rostros negros, de mezquitas: cansados de ver continuamente mil ojos que nos miran: fastidiados de esta inmensa mascarada blanca que hace dos meses estamos contemplando. ¡Cuánto daríamos ahora para ver pasar, siquiera fuese de lejos, una dama europea; para escuchar el sonido de una campana; para ver en la pared de una casa el anuncio de un teatrillo de títeres! ¡Oh dulces memorias como pocas gratas!

\*  
\* \*

He sabido que entre los soldados de la guardia del palacio se halla uno al cual falta la oreja derecha, que, según se me ha dicho, le fué cortada, legalmente, en presencia de testigos, por otro soldado á quien hacía algún tiempo hablale él cortado la misma. Hasta semejante extremo se lleva en



Marruecos la observancia de la ley del talión. No sólo un pariente cualquiera de una persona asesinada tiene el derecho de matar al asesino en el mismo día de la semana, á la misma hora y en el mismo sitio en que cayó la víctima, hiriéndole con idéntica arma, en el propio lugar del cuerpo; sino que todo aquél que se vea privado de un miembro, tiene derecho de privar del mismo á aquel que lo mutiló. Y para que se

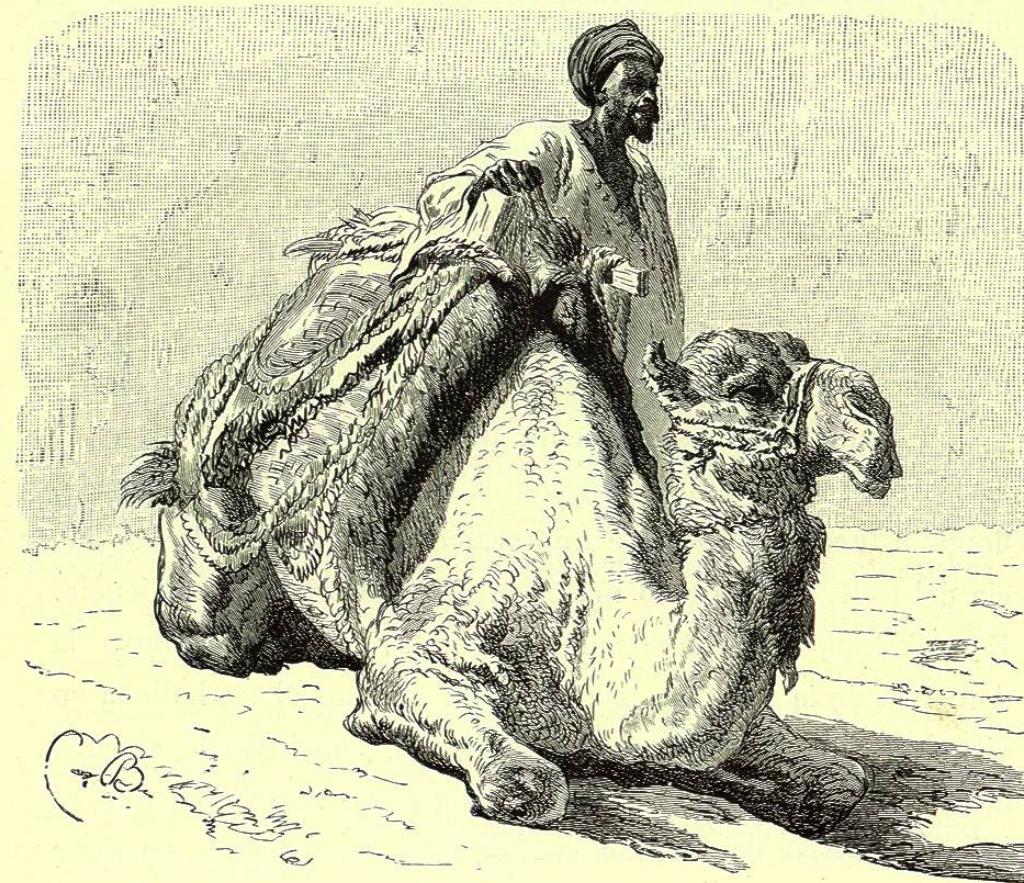


Vendedoras de pan

vea que no es cuento, referiré un hecho de esta naturaleza que, acompañado de circunstancias especialísimas, tuvo lugar hace algunos años en Mogador, tal como nos lo contó un empleado en el consulado francés que, según parece, conoció personalmente á una de las víctimas.

Parece, pues, que un negociante inglés, establecido en Mogador, regresaba á la ciudad cierta tarde de un día de mercado, en el preciso instante en que á duras penas podían salir por la puerta las numerosas comitivas de campesinos que á él habían

acudido con sus asnos y camellos. Si bien es verdad que él iba dando grandes voces de *bal ak! bal ak!* (paso, paso), no pudo evitar que su caballo alcanzara á una vieja mora que fué derribada al suelo, hiriéndose el rostro contra una piedra.



El camello y su guía

Quiso la mala ventura que con el golpe se le saltaran á la vieja los dos únicos dientes que le restaban, y si bien por un breve espacio estuvo como atontada de resultas de la caída, levantóse después rabiosa y convulsa, prorrumpiendo en injurias y terribles maldiciones. Después de haber seguido al inglés hasta su domicilio, fué á buscar al cadí, de quien reclamó que, en virtud de las prescripciones de la ley del talión, hiciera



romper los dientes al nazareno. El cadí procuró tranquilizarla, y hasta le aconsejó que perdonara al causante de su daño; mas viendo que eran completamente inútiles sus súplicas y reflexiones, la despidió prometiéndole que se le haría justicia, con la esperanza de que se iría calmando poco á poco y que al cabo desistiría de su pretensión. Vana esperanza, sin embargo; puesto que no habían transcurrido tres días, cuando la vieja volvió á presentarse, más enfurecida que la vez primera, pidiendo de nuevo justicia y exigiendo que se pronunciara inmediatamente sentencia contra el cristiano.

—Acuérdate, — decía al cadí, — que me lo prometiste.

—¿Y qué? — respondía éste, — ¿me tomas acaso por un cristiano, que me supones esclavo de mi palabra?

Durante un mes, sedienta de venganza, no dejó pasar la vieja un solo día sin llegarse á la puerta de la ciudadela, donde á fuerza de gritos é imprecaciones acabó con la paciencia del cadí, que no tuvo más remedio que prestarle audiencia. En consecuencia, llamó al negociante, á quien expuso la demanda de la víctima, la obligación en que él se hallaba en virtud de la promesa que había hecho, concluyendo al cabo de todo ello por pedirle y aun rogarle encarecidamente que se dejara arrancar dos dientes cualesquiera, aun cuando en rigor debiesen ser dos incisivos. El inglés contestó que ni incisivos, ni caninos, ni molares consentiría en que le fueran arrancados, en vista de lo cual el cadí consideró que lo mejor que podía hacer era enviar á la vieja con la música á otra parte, ordenando de paso á la guardia que no la dejara acercar ni de lejos á la alcazaba.

—¿Estas tenemos? — dijo la vieja, — pues no será, y toda vez que no existen más que musulmanes degenerados, y no se quiere hacer justicia á una musulmana, madre de cherifes,

contra un perro infiel, á quien Dios cohonda, iré á encontrar al Sultán y veremos si el príncipe de los creyentes reniega también de la ley del profeta.

Dicho y hecho: fiel á su promesa emprendió el camino, y sin más compañía que un amuleto colgado del cuello, su cayado y un morral con algunas provisiones, paso tras paso se tragó las cien leguas que separan la población de Mogador de la ciudad sagrada del Imperio. Llegada á Fez hizo pedir una audiencia al Sultán: presentósele; expúsole su caso y petición, ajustada á las prescripciones del Corán, y acabó por decir que no había más remedio que aplicar la ley del talión. El Sultán la exhortó á perdonar; mas ella erre que erre, insistió en su demanda. Hízole presente las graves dificultades que se oponían á la satisfacción de su propósito: que el cónsul de Inglaterra negaría su consentimiento: que el gobierno no se vería envuelto en una cuestión por demás grave y complicada: que por un motivo tan fútil no se podía en manera alguna poner en peligro la paz del Imperio y turbar las buenas relaciones existentes entre el gobierno del Cherife y la poderosa Inglaterra. La vieja se mantuvo inexorable. Con el objeto de que desistiera, fuéle ofrecida una suma de dinero con la cual habría tenido bastante para pasar tranquilamente el resto de sus días. Todo en vano.

—¿De qué me sirve á mí el dinero? — observó. — Yo soy ya vieja y estoy acostumbrada á vivir miserablemente; lo que yo he menester son los dos dientes del cristiano: los quiero, los pido, los reclamo en nombre del Corán, y el Sultán, príncipe de los creyentes, jefe del islamismo, padre de sus súbditos, no puede negar á una musulmana el que se le haga justicia.

Semejante obstinación puso en grave aprieto al Empera-